

Índice

7

Introducción

11

El despertar a una nueva vida 1966–1980

33

El camino del pintor 1980–1989

57

Todo pasa en el taller

83

Artista por el mundo 1989–1999

113

Las cuestiones del arte

123

Vivir entre proyectos 1999–2015

149

Crónica de una amistad creativa

173

Agradecimientos

174

Índice onomástico

176

Listado cronológico de obras

Introducción

Casi han transcurrido dos años desde la tarde en que, charlando, sentados en la terraza del taller que Antonio Hervás Amezcua tiene en Gavà, frente al mar, me planteara ocuparme de la edición de un pequeño texto crítico en relación con su obra. Casi dos años después, la voz del artista tiene su eco en las páginas de este libro, en las que él mismo, honesto e inspirador, nos desvela la realidad del creador y de la persona detrás de la obra, recorriendo de nuevo los giros, anhelos, dudas, vicisitudes y éxitos que han definido su trayectoria artística hasta la actualidad. Explicarse a uno mismo es un ejercicio complejo de búsqueda del sentido, planteamiento necesario y arriesgado para entender lo desarrollado. Salto de equilibrista abandonando por un tiempo los materiales propios del artista, para poner en palabras las razones de la pintura, del compromiso inquebrantable con el arte y su ilusión constante. Rememorar, evocar en imágenes el devenir individual reviviendo los escenarios del tiempo, reencontrándose de nuevo con quienes los vivieron, volviendo a pronunciar las mismas palabras, las mismas razones. Rescatar del olvido para desvelar, para entender, para establecer un nuevo mapa de coordenadas con la esperanza de que otros puedan navegar en la profundidad de la obra de arte. Relatar la historia propia, nuevamente contada, como un juego de espejos para uno mismo y para los otros. Y fijar la posición de uno en el mundo, en los cambios del tiempo y ante las circunstancias actuales donde la obra y la vida prosiguen su curso.

Muy pronto, apenas esbozamos la idea de una publicación, comenzamos a acumular horas de conversaciones, que se sumaban una tras otra con el

entusiasmo del descubrimiento. A cada respuesta seguía una nueva pregunta, una nueva respuesta, una nueva pregunta... Y así, se fueron sucediendo las semanas y los meses en que viajaba desde Barcelona a Gavà, al taller de Antonio Hervás, de donde regresaba con un cargamento creciente de textos, catálogos, folletos de exposiciones, clichés, reproducciones de obra, fotografías personales..., que se iban instalando en mi propio taller, aguardando a que encontráramos la forma de este libro que, poco a poco se iba pareciendo a nuestro propio diálogo. Llegado este momento, decidimos que sería un libro de conversaciones —o de confesiones como Antonio ha preferido llamarlo— con Carles Duarte, poeta y humanista, al que no solo le vincula una gran amistad de más de veinte años, sino también numerosos proyectos creativos en común que atestiguan una sensibilidad compartida. Carles sería la voz cómplice de este diálogo, potenciado con su extraordinaria cultura, su verbo vibrante y su profunda sensibilidad. Con él, comenzamos una nueva etapa en la que nuestro equipo fue creciendo para poder abordar la grabación de las siete conversaciones que habrían de dar forma a los siete capítulos del libro y que nos llevarían a diferentes puntos de la geografía catalana vinculados a Antonio: Gavà, Bruguers, Barcelona, L'Escala, Montserrat y Poblet. Mientras seguíamos trabajando en el contenido del libro, explorando en los archivos que generosamente Antonio me abría y preparando los guiones de las grabaciones, el libro iba creciendo, así como la montaña de páginas y páginas de horas transcritas que habrían de ser el material con el que finalmente daríamos forma a este libro de conversaciones editadas. Las siete conversaciones entre Antonio y Carles serían nuevamente el inestimable guión sobre el que iríamos erigiendo el texto de este libro en un diálogo continuo a seis manos entre los tres. El resultado, sin pretender ser una monografía crítica al uso, propone una visión personal e inspiradora, no por ello menos rigurosa, de lo que ha sido, hasta el momento, la trayectoria y el quehacer artísticos de Antonio Hervás Amezcua.

Estructurar una trayectoria en períodos significativos, establecer una clasificación que dote de sentido, a pesar de la consciencia de las múltiples

taxonomías que se podrían superponer fraccionando igualmente el tiempo y la vida. Seleccionar entre vivencias reveladoras, entre obras y recuerdos con la ambición de hallar los giros esclarecedores de cada trayectoria. Buscar las palabras y las obras que nos muevan, que nos conmuevan, que nos sacudan, que den luz. Esa es la tarea. «**Pintaré siempre, toda la vida**» es la afirmación de un joven Antonio Hervás en los inicios de su carrera. Define ya tempranamente la naturaleza de su compromiso con el arte, en el que vida y obra son dos partes indisolubles de una misma entidad, que es su trayectoria. Para contarla he entendido que había cuatro períodos diferenciados fundamentales en su evolución como pintor y como tal se presentan en este libro. Estos se complementan con dos capítulos sobre cuestiones específicas del arte y su vivencia, así como un último capítulo en el que nos adentramos en la naturaleza de la relación creativa que Carles y Antonio han mantenido en el tiempo.

El primer capítulo —**El despertar a una nueva vida (1966-1980)**— toma como punto de partida la llegada a Gavà de un jovencísimo Antonio Hervás, con dieciséis años. Y desvela cómo, poco a poco, va emergiendo e imponiéndose la llamada del pintor.

El segundo capítulo —**El camino del pintor (1980-1988)**— narra su desarrollo o profesionalización como artista una vez terminada su formación académica en 1980, en un período caracterizado por lo que Antonio vendría a denominar como «pintor a la intemperie».

El tercer capítulo —**Todo pasa en el taller**— nos permite adentrarnos en lo que sucede en la vida íntima y privada del artista, en su taller, así como poner atención a su dedicación como grabador y escultor, tan fundamental para su trayectoria como la misma pintura.

El cuarto capítulo —**Artista por el mundo (1989-1999)**— refleja la consolidación de su carrera en una época caracterizada por la influencia que en su obra tienen las numerosas estancias que realiza en el ex-

tranjero (Estados Unidos, Israel, Islandia, Finlandia y Alemania). Cada viaje, aun manteniendo su identidad, tan reconocible, supondrá un cambio en su devenir artístico.

El quinto capítulo —**Las cuestiones del arte**— nos da la oportunidad de conocer sus propias consideraciones en torno a qué es el arte, a la ambición, a su relación con la tradición, con sus contemporáneos, con los distintos agentes del mundo del arte...

El sexto capítulo —**Vivir entre proyectos (2000-2015)**— muestra su producción más reciente caracterizada por la concepción de lo artístico a través de grandes ejes temáticos, a la manera de proyectos largos y continuados en el tiempo. Fruto de esta concepción son sus exposiciones en torno a la cultura celta, al hundimiento del pecio Sorres X, a Antonio Muñoz Molina y, más recientemente, sobre la Conca de Barberà.

Finalmente, el séptimo capítulo —**Crónica de una amistad creativa**— recorre los proyectos que Antonio Hervás y Carles Duarte han desarrollado juntos a lo largo del tiempo, de los que este libro es otro ejemplo. Se adentra en las sinergias que se dan cuando un pintor y un poeta se reconocen en una sensibilidad compartida.

De cómo un libro comienza con un planteamiento y termina siendo otro, da muestra el recorrido que hemos realizado y que tan felizmente llega a su destino. ***Pintaré siempre, toda la vida*** es un libro valiente y generoso, que se atreve a desvelar con honestidad las incógnitas de la vida creativa, exponiendo, para lograrlo, en primera persona, la propia trayectoria. Este recorrido no habría sido posible sin la generosidad e implicación de Antonio Hervás y Carles Duarte, con cuya conversación les dejo, esperando que la disfruten y que descubran tanto en ella como yo en este proceso.

Javier Erre
Barcelona, agosto de 2018



El despertar a una nueva vida **1966–1980**

Carles Duarte Vamos a comenzar esta conversación¹ hablando de tus raíces, de las primeras etapas de tu vida y también del inicio de tu vínculo a estas tierras de Gavà. Hoy estamos en un lugar tan lleno de historia y tan ligado a Gavà como la ermita de Bruguers, bajo el castillo de Eramprunyà. Tu viviste la infancia en tierras jienenses pero con quince años te viniste aquí, ¿conservas algún recuerdo de tus primeras impresiones al llegar?

Antonio Hervás Yo vine desde Jaén con mi padre en uno de esos trenes tan largos, tan lentos, de la posguerra, aquellos trenes del inmigrante, con la gente sentada en los pasillos y las maletas atadas... Era de madrugada, debíamos estar llegando a la costa, quizás por Tarragona. En ese momento alguien dijo: “Eso es el mar”. Fue la primera vez que yo vi el mar, una cosa gris que me pareció que no me gustaba como mar.

CD ¿La primera vez que viste el mar?

AH Sí, para quienes vivíamos en un pueblo pequeño del interior, que no teníamos la posibilidad de acercarnos —aunque no estuviéramos hablando de distancias enormes— el mar era algo lejano. Esa madrugada nos bajamos en Sitges para esperar que llegara otro tren que nos tenía que traer finalmente a Gavà. Recuerdo que mientras esperábamos, pasó un expreso, uno de esos trenes rápidos que no paraba en la estación, y de él, en plena marcha, saltaron

cuatro o cinco chicos extranjeros con todas sus cosas, chicos muy de la época con el pelo largo, botas de tacón alto... —eran los años sesenta— y a los cinco minutos habían montado una especie de escenario donde comenzaron a tocar con sus guitarras. Aquello, para un chico recién llegado de Andalucía, no es que fuera muy chocante, era aterrizar en otro mundo. Fue un cambio radical en muchas cosas. Más cuando mi padre se tuvo que ir, porque fue llegar y él tener que volverse a Jaén. Me quedé aquí solo. Y ahí arranca quizás mi nacimiento a otro mundo, a otra vida, donde empiezas a hacer lo que tú quieres.

CD Porque tú naciste en un lugar que se llama Las Escuelas, en Jaén.

AH El nombre viene de un núcleo de casas que se había originado en una finca donde había unas escuelas de equitación, una especie de finca o remonta de caballos que perteneció, junto con grandes extensiones de terreno y pequeñas zonas de cultivo, al marqués de Garciez. Cuando el marqués decidió vender sus tierras, la gente de los pueblos de alrededor las compraron. Mi abuelo paterno, Antonio, también adquirió tierras allí y mis padres se instalaron después de casarse en este lugar, donde no teníamos una raíz familiar. Mi familia estaba en Bélmez, que era donde pasábamos los veranos con mi abuela materna, porque durante el curso, íbamos a la escuela. A los diez años yo estudiaba en Baeza, en el seminario menor, que estaba en un edificio histórico que incluía el antiguo Palacio de Jabalquinto. Los alumnos que entrábamos en los primeros cursos de bachillerato teníamos clases dentro del palacio. Imagínate lo que significaba para nosotros estar dentro de aquel palacio renacentista con todo su mobiliario, con aquellos cuadros enormes, oscuros, deteriorados, con esas imágenes sangrantes... Aquel escenario a mi me imponía, me impresionaba.

CD ¿Qué recuerdos guardas de la relación con tu familia? ¿Cómo viviste la infancia? ¿Participabas en las tareas relacionadas con el campo?

AH La infancia de los años cincuenta en el mundo rural era muy diferente de la que hoy consideraríamos habitual. No tiene nada que ver. A los niños de

¹ Esta conversación tuvo lugar en la ermita de Bruguers, en Gavà, el 6 de junio de 2017.
FOTOGRAFÍA Miguel Atienza

ahora se les cuida, se les protege. En mi época no teníamos a los mayores tan pendientes de nosotros. Imagino que nos cuidaban de otra manera. Colaborábamos en los quehaceres cotidianos, nos mandaban a comprar, teníamos que cuidar los animales... jugábamos mientras trabajábamos, al mismo tiempo que aprendíamos de nuestro entorno, seguíamos los ciclos de la recogida de los frutos, cosas así. Por ejemplo, ibas a trillar a la era y mientras trillabas era un juego, pero no dejabas de trabajar..., en la medida de un niño, como es lógico.

CD Esa proximidad con la naturaleza puede haberte influido a ti y a cómo te aproximas al arte.

AH Totalmente.

CD Naciste en Las Escuelas, pero Amezcua parece un apellido más del norte.

AH Mi segundo apellido, Amezcua, es vasco. Tiene su origen en un valle de Navarra. Parece que habría llegado a Andalucía durante la Reconquista. Viene a significar algo así como “quejigo”, una especie de roble. Es un apellido poco común, tanto es así, que todos los Amezcua estamos conectados a través de las redes sociales. Cuando estuve en Los Ángeles en el verano de 1989, por ejemplo, vinieron a verme unos Amezcua que vivían allí. Y realmente, por nuestra manera de ser —somos algo más serios y reservados—, mi familia no acaba de encajar con el prototipo de familia andaluza.

CD Comentabas que pasabas tus vacaciones en Bélmez de la Moraleda.

AH Sí, el pueblo que se hizo famoso por ese hecho tan curioso y extraño de las caras de Bélmez. Es un pueblo precioso en la comarca de Sierra Mágina, que ahora es un parque natural, con una gran riqueza de aves, un paraíso. En ese lugar tenía a mi familia y a mis antecedentes. Mi abuela materna, María, era una persona muy matriarcal, no solo con la familia directa, sino también con los vecinos. Todo el mundo giraba mucho en torno a ella. Cuando llegaba San Juan, nos íbamos a pasar el verano allí. Era un lugar verde, fértil, de huerta, en contraste con el paisaje más árido y seco de Las Escuelas y de Baeza donde el

clima era extremo, los veranos muy calurosos y los inviernos duros y fríos. Por contra, mis veranos eran suaves, montañosos y frescos. Se podría decir que sufrí los inviernos y gocé los veranos. Lo recuerdo con la distancia que da el tiempo, como si se tratara de una película de Buñuel, un poco surrealista. Me acuerdo de estar allí, en medio de ese paraíso, intentando estudiar las lecciones de francés o latín, que me solían quedar suspensas, porque siempre he sido una persona un poco torpe para hablar idiomas.

CD ¿Qué recuerdos tienes de tu adolescencia en el seminario?

AH Era un internado riguroso. Solo tenías unos días para ir a casa en Navidades y durante el verano. Por Semana Santa no podías salir. Como seminarista tenías que asistir a las procesiones, aquellas procesiones andaluzas tenebrosas, severas... en las que nosotros teníamos que ir detrás con una vela.

CD ¿Cómo te sentías en ese mundo?

AH Mis recuerdos son que fue una época penosa. Es cierto que tenía una relación de afecto con algunos profesores y compañeros, pero el entorno nunca me gustó. Sentía que no tenía que estar allí. Para mí era una máxima salir en la primera ocasión que pudiera.

CD En tu entorno de entonces ¿había alguien que tuviera una vocación artística que pudiera haberte impulsado en tu inclinación a pintar?

AH No, si hablamos de profesionales de arte. Pero sí que es cierto que en mi entorno familiar había una exquisita manera de entender la vida. Había una mirada diferente, que no era la común. Pero nadie con una profesión artística. Ni siquiera se hablaba de artistas. En aquel mundo, un artista era el que hacía alguna cosa que no era estrictamente trabajar la tierra: el zapatero, el artesano, el barbero... Esos eran los llamados artistas.

CD ¿Recuerdas de aquellos años si recibiste alguna formación plástica que dejara huella en ti?

AH No particularmente, pero sí que tuve a la mejor maestra en la naturaleza, en la observación del paisaje. La naturaleza era mi refugio. La vivía desde

el ángulo de su belleza, aunque como algo normal, porque formaba parte de lo cotidiano. En mi infancia miraba las cosas como si las estuviera dibujando. Para mí era un ejercicio habitual, que hacía siempre. Iba guardando imágenes, que se iban quedando dentro de mí, sin ninguna finalidad aparente. Era un ejercicio de aprendizaje inconsciente que hacía constantemente.

CD ¿Crees que en tu obra posterior esa mirada hacia el paisaje ha tenido su reflejo?

AH Te pongo un ejemplo que para mí fue muy revelador. Siempre me ha gustado pintar al natural. Aunque mi obra más grande, la que yo creo más importante, la hago apoyándome en la imaginación. Sería a finales de los años setenta y tenía una serie de pinturas para una exposición en la galería Verona de Madrid.² Un hermano de mi madre, uno de mis tíos, al ver esos cuadros, pensó que eran paisajes de Jaén. Y un día me preguntó, porque él creía que yo estaba pintando un lugar concreto: “¿Oye Antonio, esto no son las Cinco Olivillas?”. Veía en aquellos cuadros que yo pintaba de imaginación, el paisaje de Jaén. Y me sorprendió mucho porque no tenía ninguna conciencia de estarlo reflejando pero, desde luego, la contemplación de la naturaleza había dejado su huella en mí. Después me he reencontrado con el paisaje real que yo pintaba a través de la imaginación. Jaén es así. Tiene estos cerros silentes que se funden, estas brumas, esta sensación atmosférica que está tan presente en mi pintura.

CD ¿Y recuerdas cuando comienzas a pintar o a dibujar, que es más habitual?

AH No hay que recurrir más que al niño que dibuja siempre y estudia menos de lo que es deseable, que dibuja con los materiales que tiene a mano, una pizarra, un lápiz o los márgenes de los periódicos.

CD Ahora estamos en Gavà, donde llegaste a mediados de los años sesenta, cuando tenías quince años. ¿Cuál fue el motivo de ese viaje? ¿Y por qué a Gavà precisamente?

AH Viviendo en Andalucía ya tenía referencias de Cataluña a través de mi tío Torcuato, que era guardia

civil. Él había estado destinado primero en Esterri d'Àneu y después aquí, en Gavà, vigilando las playas porque en la posguerra era uno de los lugares por donde se intentaba pasar el contrabando. Yo quería ir a un sitio donde tuviese la oportunidad de trabajar. No para tener yo, sino para ganar dinero para mi familia. Para mí era difícil entonces concentrarme en lo que estudiaba. En la vida de estudiante tienes unas asignaturas, estás preocupado por aprender latín, y en la vida cotidiana de esa época en el campo, estabas preocupado de si los animales habían salido al campo o regresado. No encontraba la manera de poder concentrarme en lo que estudiaba y sacarle partido. Y por otro lado había una necesidad económica que podía intentar solucionar. No una cosa excesiva. La mayoría de la gente donde yo nací tenía su propiedad, su terreno, pero no había dinero, no fluía la vida... Entonces Gavà, aunque no conoces todavía nada, es un nombre del que tienes alguna referencia. A mis dieciséis años, había una persona conocida y es un vínculo, Bernabé Díaz, que era el prometido de mi hermana Dolores, que en esa época trabajaba en la fábrica Roca de Gavà.

CD Y aquí comenzaste a trabajar en cuanto llegaste.

AH Sí, empecé a trabajar en el primer sitio que encontré, que era un taller mecánico. Al poco tiempo, ni un mes, me enteré de que en un restaurante ganaba más. Y me fui automáticamente a este restaurante. Trabajaba en la cocina haciendo bocadillos. Dormía y comía allí. Todo lo que ganaba, que eran 700 pesetas a la semana —que no estaba mal para aquella época—, lo mandaba directamente a mi casa. Aquello típico de “quiero aportar, quiero hacer cosas”. Aprendí a montar en bicicleta y, como estaba junto al mar, me bañaba todo el tiempo que tenía libre. Tuve también la suerte de conectar con la Unió Muntanyenca Eramprunyà. Me hice socio de la entidad. Y comencé a conocer una Cataluña que no me imaginaba que existiera y a descubrir la naturaleza ya no desde los ojos de un campesino, sino desde los de un

² Exposición individual en la Galería Verona, Madrid (1978).



1959
Primera comunión de Antonio Hervás.
Las Escuelas, Jaén.



1965
Fotografía de los alumnos de primer curso, año 1964-1965.
Antonio Hervás es el segundo por la derecha, en la fila superior. Seminario Menor de Baeza, Jaén.

1956
Procesión de Semana Santa. Las Escuelas, Jaén. En el centro, con traje oscuro, Juan Manuel Hervás Martos, padre de Antonio Hervás.



1960
Rosendo Amezcua Lirio (el tío Rosendo). Bélmez de la Moraleda, Jaén.

1964
Boletín de notas de Antonio Hervás (primer trimestre, primer curso). Seminario Menor de Baeza, Jaén.

SEMINARIO MENOR DE BAEZA

Sr. *Hervás Amezcua, Antonio*
 Curso *1º* Notas *del 1º trimestre*
 Ocupa en la clase el puesto número _____

NOTAS GENERALES	
Deberes religiosos	9
Conducta General	9
Urbanidad	7
Aplicación en el estudio	9

CLASES	Conducta	Aprocheamiento
Religión	8	8
Español	8	6
Latín	8	5
Francés	8	5
Matemáticas	8	5
Geografía	8	7
Ciencias	8	8
Música		

EL RECTOR,
[Signature]

Pintaré siempre, toda la vida. Confesiones entre Antonio Hervás Amezcua y Carles Duarte

© del texto: Carles Duarte, Javier Erre y Antonio Hervás Amezcua, 2018.

© de las imágenes: sus autores

© de las fotografías: David Arquimbau, Miguel Atienza, Paco Cobo, Toni Catany, Juliano Do Santos, Javier Erre, Pere Marrugat, Ana Nin, Charo Olmos, Salva Sáez, Lázaro Scabbia, Anna Torbau y Museu de la Vida Rural.

© de esta edición: Milenio Publicaciones SL, 2018
Sant Salvador, 8 —2005 Lleida (España)
www.edmilenio.com
editorial@edmilenio.com

Primera edición: octubre de 2018
ISBN: 978-84-9743-842-1
DL L 1.021-2018

Diseño gráfico y maquetación: Estudio Erre
www.estudio-erre.com
Edición: Javier Erre
Corrección: Marta Malo
Impresión: Arts Gràfiques Bobalà, S. L.
www.bobala.cat

Printed in Spain

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra.

1977

Retrato de Antonio Hervás Amezcua. Fotografía de Pere Marrugat.
(Imagen de portada)

1992

Antonio Hervás Amezcua pintando. Detalle. Fotografía de Joan Lacalle.
(Imagen de contraportada)

Pintaré siempre, toda la vida

Confesiones entre Antonio Hervás Amezcua y Carles Duarte

**Carles Duarte, Javier Erre,
Antonio Hervás Amezcua**

editorial
MILENIO